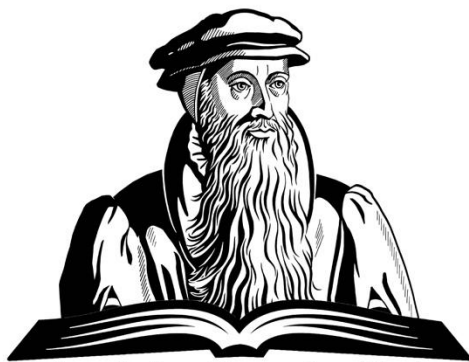


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 55:
LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA SEGUNDA PETICIÓN
Pregunta 102



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102**
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

55 LECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA SEGUNDA PETICIÓN

P. 102. *¿Qué pedimos en la segunda petición?*

R. En la segunda petición (que es: «Venga tu reino») rogamos: Que el reino de Satanás sea destruido; y que el reino de la gracia avance, que nosotros y otros seamos introducidos en él, y conservados en él; y que el reino de la gloria se apresure.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 55:

Continuamos nuestro estudio del *Catecismo menor* y sus reflexiones de *la oración del Señor*. En esta lección, prestaremos atención a la segunda petición. Al hacerlo, debemos recordar el fundamento que se nos proporciona en el prefacio: «Padre nuestro que estás en los cielos». Hacerlo, nos ayuda a acercarnos, como recordamos, «con santa reverencia y confianza», recordando que, como Él está en los cielos, es capaz de proporcionarnos todo lo que buscamos, y así, aunque veamos oposición y dificultad, y nos enfrentemos a la tentación, nos dirigimos a Él, que es capaz de proveer. Y como Él es nuestro Padre por medio de Jesucristo, venimos de una manera humilde y necesitada, y sin embargo confiados en que Él cuida de nosotros por medio de Cristo, no sólo es capaz de proveer lo que buscamos, sino que está dispuesto a hacer lo mismo, especialmente cuando buscamos estas cosas de acuerdo con su voluntad.

Bien, de la primera petición, «Santificado sea tu nombre», pasamos ahora a la segunda petición, y para ayudarnos está la pregunta 102 del *Catecismo menor*: «¿Qué pedimos en la segunda

petición?». Y la respuesta: «En la segunda petición (que es: “Venga tu reino”) rogamos: Que el reino de Satanás sea destruido; y que el reino de la gracia avance, que nosotros y otros seamos introducidos en él, y conservados en él; y que el reino de la gloria se apresure».

La petición se encuentra en Mateo 6, versículo 10, así como en Lucas 11, versículo 2. Mientras que la primera petición, «Santificado sea tu nombre», consideraba a Dios más directamente como Él mismo, su nombre; esta petición considera a Dios en el aspecto de su relación con los demás, su reino. Es posible que tú y yo no vivamos en un reino; vivimos en una forma de democracia o en otro tipo de gobierno. Tal vez tú y yo tengamos un presidente y un congreso, o un primer ministro y un parlamento, u otro tipo de organización. Sea como sea, nos damos cuenta de que un reino tiene un rey que gobierna sobre su pueblo. Su palabra, su voluntad es la que guía y gobierna todas las cosas. Y oponerse al rey es ser culpable de traición. Pues bien, aquí se nos enseña a recordar que Dios es *el* gran rey, y al darnos cuenta de esto, se nos enseña a desear su reinado, su autoridad, que su autoridad sea ejercida en toda la tierra, y honrada por todos los pueblos. Y como nosotros somos los que acudimos a Él pidiéndole esto, le pedimos en particular que traiga su reino a nuestras vidas.

Para nuestra lección, veremos tres puntos: primero, *un reino para destruir*; segundo, *un reino que expandir*, y tercero, *un reino por llegar*.

1. Un reino para destruir

Primero, *un reino para destruir*. Una de las razones por las que oramos: «Venga tu reino», es porque actualmente hay una ausencia del despliegue total del reino de Dios en la vida de los hombres. Hay otro reino, un reino falso, de hecho, una rebelión que posee los corazones, las mentes, y las vidas de muchos, y estos juntos se oponen a Dios. Esto se opone a Dios y a sus leyes buenas y santas, y este reino falso esclaviza a los hombres y los arrastra al infierno. Se jacta del pecado, y llama a lo bueno malo, y a lo malo bueno. Y está supervisado nada menos que por el padre de la mentira, el mismo Satanás.

Pablo reconoció esto cuando escribió a los Efesios, en el capítulo 2, versículos 1 al 3. Él está recordando lo que los creyentes una vez fueron en su pecado, en su rebelión contra Dios, y escribe, «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás».

Observemos algunas cosas: que esta rebelión es universal en todos los hombres que carecen de la gracia de Dios en Cristo, de modo que incluso Pablo dice que todos fuimos así en otro tiempo, él mismo incluido. Y que, en su pecado, los pecadores son desobedientes a Dios, y están satisfaciendo sus deseos malvados y pecaminosos. Son rebeldes contra el verdadero Rey. Sin embargo, notemos también que ellos estaban siguiendo a un rey falso. Aquí, Pablo lo llama el «príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia». Esta es una referencia a Satanás, el padre de la mentira, y el que descarrió a la humanidad desde el Edén. Cristo mismo se refirió a Satanás como «el príncipe de este mundo», y lo hizo tres veces

en el Evangelio de Juan: capítulo 12, versículo 31; capítulo 14, versículo 30; y capítulo 16, versículo 11. Pues bien, con este título, ni Jesús ni Pablo querían decir que Satanás es el gobernante supremo o igual a Dios. Más bien, están reconociendo que él es el líder de una rebelión, y que ha establecido un reino falso, perverso, y peligroso, en el que participan todos los pecadores a través de su rebelión.

Por lo tanto, para que el reino de Dios venga, y una razón por la que pedimos que Dios traiga su reino, es porque el reino traidor y malvado de Satanás actualmente tiene dominio sobre muchos hombres. Vemos esta destrucción del reino de Satanás cuando su oscuridad, errores, y mentiras son vencidas por la verdad de la Palabra de Dios. Donde el error, el pecado, y la profanidad son derribados por la verdad hacia la santidad, y donde los pecadores que están esclavizados voluntariamente a sus concupiscencias, son por la gracia de Dios a través de Cristo, tanto perdonados como purificados.

Aquí hay una motivación. Ya podemos ver la destrucción del reino de Satanás teniendo lugar. Cada vez que la Palabra de Dios es predicada, hay luz brillando en la oscuridad. Cada vez que un pecador se convierte, hay una mayor destrucción del reino de Satanás. Cada vez que la adoración a Dios crece en pureza, vemos el error y la superstición, las marcas del reino de Satanás derribadas. De esa manera, cobramos ánimo. Y así, debemos estar más motivados para continuar buscando la destrucción del reino de Satanás. Al final, nos regocijamos al saber que el reino de Satanás será enteramente demolido. Recordarás cómo en el jardín del Edén, Satanás llevó a los hombres cautivos a esta rebelión.

Y en el Edén, Dios dio una promesa cuando estaba hablando, y dijo que habría una simiente de la mujer, cuyo talón sería herido por la simiente de la serpiente, y sin embargo esta simiente de la mujer aplastaría o heriría la cabeza de la serpiente. Pues bien, vemos que esto se cumplió verdaderamente en Cristo. Él de hecho, fue herido en el talón, por así decirlo, por la serpiente y eso principalmente en la cruz, cuando Cristo sufrió el horrendo tormento de la crucifixión y fue hecho maldición por su pueblo. También vemos que resucitó, y ya ha comenzado, por así decirlo, a derrocar el reino de Satanás. Y un día, no sólo será derrotado este reino malvado, sino que será completamente aniquilado y destruido. Veamos en Romanos 16, versículo 20, Pablo da a los cristianos este aliento: «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros», amen. Este es un gran consuelo al que todo creyente tiene acceso. Dios aplastará a Satanás. Lo hace por medio de Cristo. Pero qué maravilla, Él bendice que nos gocemos del beneficio de que Satanás será aplastado bajo nuestros mismos pies.

2. Un reino que expandir

Segundo lugar, *un reino que expandir*. Por su gracia, Dios no destruye simplemente el reino de Satanás. Si así sucediera, todos nosotros seríamos consumidos en la justa ira de Dios. Recuerda que, en nuestro propio pecado, fuimos participantes voluntarios en esta rebelión. Tú y yo estamos familiarizados con el término «evangelio», se encuentra con frecuencia en toda la Biblia, y el término en sí mismo significa «buenas noticias». Curiosamente, cuando Cristo vino a predicar el Evangelio en su ministerio terrenal, vemos en el Evangelio de Marcos esta unión entre las buenas nuevas del Evangelio y el Reino de Dios. Fíjate en Marcos 1, versículos 14 y 15: «Después

que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio». Las buenas noticias no son sólo que el reino de Satanás está siendo destruido y finalmente será destruido por completo. Es que Dios trae su reino de justicia a los pecadores, y Él llama a los pecadores a abandonar su rebelión. Él llama a los pecadores a abandonar su propia justicia y a recibir gratuitamente el reino de Dios por medio de Jesucristo. Él no nos llama para que nos ganemos la entrada en el reino. Por el contrario, Cristo mismo nos trae la entrada. Y como podrás estar familiarizado, en otra parte en Juan 14 versículo 6, Cristo dice: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí». Nuestra entrada en el reino del Padre es a través del rey, Jesucristo, que es el salvador de los pecadores. Y, por eso, nos llama a creer esta buena noticia, no a ofrecer un precio por ella; no a intentar prepararnos y hacernos merecedores de tal reino; sino a huir de nuestra maldad y de nuestra rebeldía, y a volvernos de nuestro pecado, confiando en Jesucristo. Por eso se llama «reino de gracia». Viene a nosotros por la gracia de Dios, y nos recibe por gracia.

En este reino, Cristo es el rey designado. Él es quien manda y el gobernador. Recuerda, como el redentor de los elegidos de Dios, Él es el profeta, el sacerdote y el rey. Y como rey, está sentado en el trono sobre toda su iglesia incluso ahora. Hay muchas cosas que vienen a la mente. Recordemos que ha ascendido a la sala del trono celestial, y hoy está sentado a la diestra en la posición de poder y autoridad del Padre, y ha estado sentado sobre un trono de gracia. Oímos de su majestad y grandeza en Mateo 28, la gran comisión, versículos 18 al 20: «Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén».

Notemos, Él es el rey. Todo el poder, toda la autoridad es suya. No hay nadie más grande, por así decirlo. Es su palabra la que debe ser enseñada. Él envía a sus embajadores, los apóstoles y ministros del evangelio, para ir y enseñar, no sus propios pensamientos, sino más bien, los pensamientos de Él. Y entonces ellos deben discipular y traerlos a su reino, y mantenerlos en ese reino. Y así puedes escuchar, y puedes oír de lo que el *catecismo* está hablando, que, por su gracia, hemos sido traídos y guardados en este reino de gracia. Y eso se ve en la gran comisión, la predicación del evangelio registrada en el libro de los Hechos, y los muchos llamados, exhortaciones, y advertencias que se nos dan a través de las Escrituras, y especialmente en las epístolas del Nuevo Testamento. Lo que Cristo está haciendo es reunir a un pueblo, y Él lo edifica en ese reino, y lo mantiene en ese reino, y todo lo está haciendo por su gracia.

En el Salmo 45, cantamos de esto. No tenemos tiempo para repasar todo el salmo, aunque te animo a que, si quieres tener un buen retrato del rey y de su reino, dediques tiempo a meditar en el Salmo 45. Fíjate en los tres primeros versículos: «Al músico principal; sobre Lirios. Masquil de los hijos de Coré. Canción de amores» (subtítulo). «Rebosa mi corazón palabra buena; Dirijo al rey mi canto; Mi lengua es pluma de escribiente muy ligero. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; La gracia se derramó en tus labios; Por tanto, Dios te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente, Con tu gloria y con tu majestad». El corazón de quien ha sido regenerado, que confía en Cristo y lo ama, está absorto por la belleza y la gloria de Cristo, y desea ver la expansión de su reino, «ciñe tu espada». Y del mismo modo, las saetas, las flechas,

que Él dispara traerán a personas en sujeción a Él, y Él expandirá su reino. Oh, ¡qué gran bendición!

Cristo ha instituido ordenanzas para gobernar y fortalecer su reino. Ha dado la predicación de su palabra, los sacramentos y la oración, como hemos visto. Ha dado ministros para administrar estas cosas; ancianos y diáconos también para ayudar a pastorear, guiar y apoyar su causa. Después de resucitar, Él fortalece su reino entregando dones a la iglesia tras su ascensión. Y cuando se sentó a la diestra del Padre, como lo expresa Pablo, entonces envió dones, a saber, oficiales, a la iglesia. Observemos Efesios 4, versículo 11: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros». Y éstos, por supuesto, como continúa diciendo, estaban destinados al servicio de la iglesia, para la edificación de la iglesia. En otras palabras, Cristo cuida de su reino por medio de estos oficiales que Él brinda. Algunos eran temporales y extraordinarios, como los apóstoles, profetas y evangelistas. Otros continúan hasta el día de hoy, como pastores y maestros, junto con, como enseña el resto del Nuevo Testamento, ancianos y diáconos. Todos ellos son provistos, no sólo para reunir a un pueblo, sino para proteger, guardar y preservar a ese pueblo. Y todos ellos son dados por el rey.

Así que, Cristo bendice particularmente a su pueblo por medio de estos dones, y cuida de ellos por medio de Él. Y bendice especialmente la predicación del Evangelio. Pablo muestra esto, en Romanos 10, versículos 13 al 17: «Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Entonces, la predicación de la Palabra de Dios es la manera principal en la que Cristo reúne a su pueblo, y lo preserva y protege. Así que, una cosa que podemos decir es que, si tú y yo deseamos conocer este reino de gracia, debemos dar prioridad a la predicación de su palabra. Así es como Él edifica y mantiene a la gente en su reino. Así que, observa que oramos para que «el reino de la gracia avance, que nosotros y otros seamos introducidos en él, y conservados en él». Y Él hace esto al bendecir la predicación. Por su gracia, Dios nos introduce y nos mantiene en Él a través de la predicación de Jesucristo.

3. Un reino por llegar

En tercer lugar, *un reino por llegar*. El reino de gracia de Dios continúa avanzando por la predicación del evangelio, y lo hará hasta el último día. A veces, hay grandes avances por medio del avivamiento, cuando de manera especial el Señor derrama su Espíritu, y bendice la predicación de su palabra, y trae a muchos a sí mismo. Otras veces, hay temporadas de declinación. Los compromisos parecen crecer, y hay una mundanalidad que caracteriza incluso a la iglesia visible. Sin embargo, cuando damos un paso atrás y examinamos el conjunto de la obra de Dios a lo largo de la historia, podemos ver que hay un avance del reino de Dios en todas las naciones. Esto nos anima. Sin embargo, debemos admitir que no todo es como debería ser. Incluso en la mejor de las congregaciones y en el mejor de los cristianos, hay imperfecciones, detalles, y pecados. El santo más piadoso de este mundo llora su pecado y anhela la perfección,

no sólo para su propio disfrute, sino también para la grandeza de la gloria de Dios. Pues la buena noticia es que el reino de la gracia que inició en esta vida será perfeccionado al final. Este es el reino que anhelamos. No es un reino diferente. Es el mismo reino que Cristo ha establecido en este mundo reuniendo a los pecadores a sí mismo, edificándolos, y finalmente en el último día, ese reino será perfeccionado en gloria.

El creyente ciertamente espera con ansias el privilegio que le aguarda al morir. Recordarás de una lección anterior, que «las almas de los creyentes, en el momento de su muerte, son hechas perfectas en santidad y pasan inmediatamente a la gloria; y sus cuerpos, aún unidos a Cristo, descansan en sus tumbas hasta la resurrección» (Pregunta 37). Para el creyente, la muerte trae muchas bendiciones. Y, sin embargo, estas bendiciones no son la gloria que ha de venir en su plenitud. Al final, es en la resurrección, cuando Cristo regrese, que este reino de gracia es finalmente perfeccionado. Lo que Cristo ha comenzado se perfeccionará en su segunda venida. El rey fue crucificado en vergüenza; resucitó en gloria; ascendió en gloria; está sentado en la gloria. Y, sin embargo, incluso la creación, como nos dice Pablo, todavía gime por la manifestación de los hijos de Dios, cuando su reino se manifieste clara y gloriosamente (Romanos 8:22-23). Y esto tendrá lugar cuando Cristo regrese.

La esperanza del cristiano no es la muerte, aunque en ella haya muchas bendiciones; es el regreso de Cristo, y la gloria que entonces habrá. En ese día, su pueblo, que fue calumniado por el mundo e incluso aterrorizado por Satanás, se levantará victorioso en gloria. Este es un día que con certeza llegará, y es esto lo que nos lleva a clamar, no sólo por la expansión del reino de la gracia, sino que clamamos por la venida de su reino de gloria: «Venga tu reino». Lo vemos en el Apóstol Juan, al final del libro del Apocalipsis. Apocalipsis 22, versículo 20: «El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús».

Del mismo modo, pensamos en el regreso de Cristo, pues lo veremos allí tal como es. Será entonces cuando seremos testigos de cómo todo el universo le rinde honor. La gloria que nos dará en su gracia será inimaginable en la actualidad. Todo esto hace que aumente nuestro anhelo: «Venga tu reino». Este es el gran anhelo y esperanza de cada creyente. La gloriosa visión de Dios en Cristo Jesús, y el glorioso cielo nuevo y la tierra nueva que Él ha comprado y está preparando para nosotros.

Bien, con esto ante nosotros para finalizar, permíteme ayudarte a ver algo. Lo mejor que el mundo tiene para ofrecer no es nada comparado con la gloria que está por venir. Esto debería crear en nosotros este anhelo que Cristo nos enseña a llevar al Padre. Por muy ricos que seamos, por muy sanos que estemos, por muy felices que podamos ser en este mundo, hay algo muy superior que vendrá cuando la gloria de Cristo se dé a conocer en toda la tierra. Esto también debería consolarnos en nuestras angustias. Si somos creyentes, y sufrimos en nuestros cuerpos, o en nuestras almas, o en nuestras familias, o cualesquiera que sean nuestras circunstancias, ¿no debería aumentar este deseo: «Venga tu reino»?

De igual manera, al ver la fuerza de la falsa religión en nuestros días; tal vez estés rodeado de toda clase de idolatría y maldad. Esto debe entristecer nuestras almas, pero no debe hacernos perder la esperanza. El crecimiento del ateísmo, y toda clase de manifestaciones abiertas de pecado, nos resulta difícil, triste y penoso. Nos enoja que el honor de Dios sea tan deshonorado, y nos aflige que las almas sean esclavizadas a su propia destrucción. Pero no debemos perder la esperanza, porque Dios tiene un reino de gracia que trae mediante la predicación del Evangelio. Esta petición nos ayuda en nuestras penas y angustias. «Venga tu reino»; cuando veas escenas

desalentadoras de pecado, Dios tiene un reino y Él ha prometido hacerlo avanzar en este mundo. Y cuando recordamos esto, nos motiva a invocarlo, no con nuestras propias fuerzas, sino más bien por su gracia, para traer su reino y derrocar a Satanás, para establecer su reino, en verdad, sincera y poderosamente convirtiendo a los pecadores y edificando a los santos. Oremos mucho.

Quiero que pienses en un familiar inconverso, tal vez tus padres, un hermano o hermana, o un amigo. Ellos están voluntariamente esclavizados y sirviendo a Satanás. Y tú y yo, debemos hablarles de Cristo y advertirlos de la ira venidera. La única esperanza de que sean liberados es que Dios responda a esta petición: «Venga tu reino». Y así, mientras piensas en ellos, y mientras tu corazón ruega por ellos, deja que llene tu corazón, que sea derramado a Dios, «Oh Dios, venga tu reino».

Aun cuando experimentamos la fuerza del pecado en nuestras propias almas, y estamos avergonzados por ello, y todavía vemos evidencia real de la obra de Satanás en nuestras vidas en nuestros propios pecados, por los que venimos a Dios en nuestra propia debilidad. ¿Y qué debemos decir? «Oh aquí, Señor, todavía hay lugar para que venga tu reino». Qué aliento es ese, que mientras enfrentamos el desánimo, tenemos una petición que nos lleva a Dios, a través de Cristo, para que traiga su reino con poder y gracia, mientras esperamos la venida del reino de su gloria.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.